

Seamus Heaney

AL BUEN ENTENDEDOR ENSAYOS ESCOGIDOS

Selección y traducción
Pura López Colomé

Enseñanzas de Eliot (fragmento)

*Con la edad, con el tiempo, uno va más allá
de los poemas
y sobrevive, tal como uno va más allá de las
pasiones
y sobrevive: en cuanto a Dante, uno sólo
puede aspirar
a llegar a su poesía, si acaso, al final de la
vida.*

T. S. ELIOT

Yo comencé a aspirar a dirigirme a T. S. Eliot a medio camino ya de mi propia vida, aunque nuestra historia necesariamente comenzara mucho antes. En calidad de interno de una escuela católica en Derry, me sentía siempre amedrentado por la otredad de Eliot y por todo lo que él representaba. No obstante, cuando una tía ofreció regalarme un par de libros, le pedí los *Poemas reunidos*. Este volumen, junto con los *Cuentos de misterio e imaginación*, fueron los primeros libros de "gente grande" que tuve en mi poder. El nombre y la fecha -1955-, escritos con toda parsimonia, daban noticia de los quince o dieciséis años de edad que tenía al tomar posesión de aquel tomo azul oscuro, encuadernado en lino: se trataba de la edición británica de los *Poemas reunidos 1909-1935*, que terminaba con "Burnt Norton" y que, para entonces, iba ya en la decimoquinta edición. Me llegó junto con las viandas que me enviaban de casa, con cierto aire de contrabando en torno suyo, ya que el único material de lectura que se nos permitía, según recuerdo hoy con alarma, era lo que alojaba nuestra escuálida biblioteca, o bien lo que nuestro curso de rigor exigía. Así que ahí estaba yo, en 1955, con un libro prohibido en mano cuyo alcance literario excedía mi comprensión, solo y mi alma ante las palabras sobre la página.

Durante mucho tiempo, ese libro representó para mí la distancia del misterio, así como mi ineptitud -como lector o escritor- para la

vocación que representaba. A lo largo de los años, llegué a experimentar en su presencia la arremetida de un nudo en la garganta y un endurecimiento en el diafragma, síntomas que hasta entonces sólo había tenido en la clase de matemáticas. Y ahora resultaba que mis síntomas neuróticos en relación con el álgebra y el cálculo superior abarcaban ya a los *Poemas reunidos*. Más tarde, en mi primer año en la Universidad de Queen's, cuando leí, en *Howard's End* de E. M. Forster, una descripción de Leonard Bast, personaje condenado para siempre a sentirse familiarizado con las portadas de los libros, no me identifiqué con la privilegiada voz narrativa, sino con la del propio Bast, patético criptógrafo al borde del analfabetismo.

¿Exagero? Tal vez sí. Tal vez no. El hecho de que no pudiera, entonces, haber sometido el asunto a mi propia consideración exactamente en estos términos no significa que la punzada inarticulada dirigida al conocimiento, a la adecuación, al ajuste de uno mismo como lector de poesía moderna no existiera en verdad. Claro que existía y me dolía aún más por no ser correspondido, porque no se necesitaba conocer algo literario en particular en los años cincuenta para saber que Eliot encarnaba el camino, la verdad y la luz, y que uno no había penetrado al reino de la poesía hasta no enfrentarse con él.

Hasta su nombre era una palabra de moda sinónima de oscuridad, y la palabra "oscuridad", por su cuenta, sugería algo relativo a la "poesía moderna", términos estos, en aquellos días, tan imponentes como lo eran los términos "simonía" y "parálisis" para el muchachito del cuento de Joyce "Las hermanas". Por el momento, sin embargo, toda la carga de este misterio quedaba confinada a las cuatro páginas de la antología poética escolar, un bilioso y verde compendio titulado *Celebración del verso inglés*. Cerca de la cuarta parte de los poemas de este libro se imponían, año con año, como parte del programa oficial para obtener el Certificado Educativo Superior de Irlanda del Norte; en el nuestro, el programa incluía "Los hombres huecos" y "La travesía de los Reyes Magos". El primero me dejó una impresión verdaderamente extraña. Era imposible que no me afectara, y no obstante me resultaba imposible definir con exactitud aquel efecto:

Ojos que no me atrevo a enfrentar en sueños
En el reino de sueños de la muerte
No aparecen:
Ahí los ojos son
Luz del sol sobre una quebrada columna
Ahí hay un árbol que se mece
Y las voces son
Parte del canto del viento
Más lejanas y más solemnes
Que una difusa estrella.

Haya pasado lo que haya pasado en mi piel de lector, resultaba

equivalente de lo que ocurre en un cuerpo cálido y bien envuelto una vez que un viento helado le ha llegado a los tobillos. Un estremecimiento que, fugazmente, se revela como algo cada vez más pertinente y agudamente placentero que el calor predominante. Una exactitud de filo de chaira que le revelara a uno la naturaleza común y corriente, y sin filo, de los propios estándares y expectativas. Por supuesto que no se nos animaba a hablar de esa manera en la clase de inglés, así que, de cualquier manera, como la muchacha de *La importancia de llamarse Ernesto*, que con todo orgullo proclamaba nunca en su vida haber visto una pala, yo jamás en mi vida había visto una chaira.

Resulta extremadamente interesante recordar todo esto ahora, ya que sirve para persuadirme de que lo que hay que aprender de Eliot es la naturaleza de doble filo de la realidad poética: después de un primer encuentro con la poesía como un extraño hecho de la cultura, al paso de los años se logra interiorizarla hasta que se vuelve, como dicen por ahí, una segunda o arraigada naturaleza. Una poesía que originalmente lo rebasa a uno, generando la necesidad de comprender y superar su rareza, al final se vuelve un sendero familiar por dentro, una disposición gracias a la cual la imaginación se abre placenteramente, volviendo la vista hacia los orígenes y la soledad. Este último estado es, por lo tanto, mil veces mejor que el primero, pues la experiencia de la poesía verdaderamente se ahonda y fortalece al revalorarse. Ahora sé, por ejemplo, que me fascinan los versos antes citados por el tono de su música, por su temblor de nervios de punta, su tiple en la hélice del oído. Y aun así, soy incapaz de hacer con la voz el sonido físico equivalente de lo que escucho en el oído interno; y la incapacidad de distinguir ese preciso conocimiento, la confianza para afirmar que existe una realidad en la poesía que es indecible y, por eso mismo, mucho más penetrante, esa capacidad y esa confianza se basan en buena medida en una lectura de Eliot.

Desde luego que la extraña música de "Los hombres huecos" nunca se mencionó en la escuela. De lo que sí se habló fue de la desilusión, de la pérdida de la fe, de la frialdad del espíritu, del mundo moderno. Tampoco recuerdo que se otorgara demasiada atención a la cadencia, o que se hiciera un gran esfuerzo por conducirnos a escuchar, más que abstraer, un significado. Lo que escuchábamos, de hecho, nos provocaba una especie de risa de rebaño: las excéntricas, enfáticas enunciaciones de nuestro maestro, que se dejaba caer por completo sobre ciertas sílabas y daba un peso desmedido a los hombres HUECOS, frente a los hombres RELLENOS. Huelga decirlo: en una clase de treinta muchachos, en un ambiente de calcetas y sexo y risillas ahogadas, los hombres rellenos y las tunas y las detonaciones y los gimoteos no elevaban los ánimos ni inducían la quietud deseable, la receptividad ideal a la frecuencia sin pestaños de este poeta en particular.

Eliot nunca me atrapó; su obra nunca se apoderó de mi persona

ni me condujo a mis propias profundidades, mi oído nunca se volteó del revés al derecho por lo que yo escuchaba en él. Hay muchísimos lectores que han experimentado una repentina conversión, cuando todo el ser se ve inundado por una impetuosa corriente de pura poesía, lo cual sí me ocurrió cuando leía Gerard Manley Hopkins. Desde un principio, algo en mi constitución siempre estuvo dispuesto a dejarse ir con la flauta antigua de la escritura sensual y, sin embargo, cuando este tipo de escritura hizo su aparición en Eliot -en el "Miércoles de ceniza", por ejemplo-, su plenitud misma tenía el propósito de volver su belleza cuestionable. Señalaba una distracción del camino de la expiación:

En la primera vuelta de la tercera escalera
Había una ventana ranurada con una panza como de higo
Y más allá del espino en flor y de una escena pastoral
La figura de anchas espaldas vestida de azul y verde
Hechizaba los días de mayo con su flauta antigua.
El cabello al aire es dulce, cabello castaño al aire sobre la boca,
Cabello lila y castaño;
Distracción, música de flauta, descansos y escalones de la mente
en la tercera escalera,
Se disuelven, disuelven; fuerza más allá de la esperanza
y de la desesperación
Al ascender por la tercera escalera.

El hecho de que estos versos, dentro del rango de los tonos más finos y las disciplinas más estrictas de la poesía de Eliot, representaran lo que más tarde él mismo tildaría de "la decepción del tordo" no permitió que dejara de saborearlas. Y en ese saborearlas se combinaban dos cosas. Antes que nada, ahí se presentaba una sola imagen que no provocaba azoro. Leer el pasaje era penetrar con la mirada una profunda lucidez con rumbo a una áspera solidez, como si en una pintura renacentista de la Anunciación, la ventana de la recámara de la Virgen diera a una escena de excesos vegetales y carnales. En segundo lugar, el lenguaje de los versos, convocado de manera sumamente directa, caminaba al borde de la parodia, por encima del lenguaje tradicional de la poesía. Figura antigua. Días de mayo. Espino. Flauta. Azul y verde. Todos los placeres del recuerdo estaban presentes, los consuelos de lo familiar, de manera que la combinación de la composición dramática de la escena y la dicción poética conscientemente desplegada resultaran atractivas para el lector neófito en mi interior. Para expresar el atractivo por medio de sus negativos, he de decir que la poesía no era oscura ni en lo que describía ni en el lenguaje que llevaba a cabo la descripción. Quedaba cortado a la medida de mis expectativas de lo que podía ser la poesía: lo que no le quedaba era todo lo demás incluido en el "Miércoles de ceniza" acerca de los leopardos y los huesos y lo violeta. Eso me espantaba, haciéndome sentir pequeño y avergonzado. Deseaba entonces invocar a la Madre de los Lectores

para que tuviera misericordia de mí, para que viniera rápidamente y me explicara todo, para que me tranquilizara con un significado parafraseable, y un escenario reconocible y firme:

Señora, tres leopardos blancos se posaron bajo un junípero
En la tibieza del día, habiéndose alimentado hasta la saciedad
De mis piernas mi corazón mi hígado y todo lo contenido
En la hueca redondez de mi cráneo. Y dijo Dios:
¿Acaso vivirán estos huesos? ¿Acaso
Vivirán?

Mi pánico frente a estos hermosos versos no fue exclusivamente el típico de un estudiante. Vino a mí de nuevo cerca de los treinta años, cuando tuve que dar una conferencia acerca del "Miércoles de ceniza", como parte de un curso de la licenciatura en la Universidad de Queen's, en Belfast. Sin el menor acceso a la única fuente confiable para tal enseñanza, es decir, la experiencia de haber sentido el poema en lo profundo, memorable e irrefutablemente, la conferencia duró los tres cuartos de hora más exasperantes de mi vida. Para entonces ya había pasado buen rato buceando entre las obras de F. O. Matthiessen, *The Achievement of T. S. Eliot*; George Williamson, *A Reader's Guide to T. S. Eliot*; y D. E. S. Maxwell, *The Poetry of T. S. Eliot*. Sólo que en sus comentarios no hallé nada en qué apoyarme o con lo cual combinar los alcances de mi mente lectora, de manera que el poema nunca se volvió una verdadera *gestalt*. Hoy día, puedo hablar al respecto con una mayor libertad, simplemente porque no siento tanta timidez en torno al tema como en aquel entonces: la expiación, la conversión, la adopción de un aire totalmente delgado y seco, el regocijo ante una visión tan arbitraria y alejada de lo usual como la de los leopardos y la señora vestida de blanco... todo esto se ofrece mucho más comprensiva y persuasivamente a quien anda cerca de los cincuenta años que a quien anda cerca de los treinta.

La Señora se ha retirado,
Vestida de blanco, a la contemplación, vestida de blanco.
Que la blancura de los huesos sea expiación rumbo al olvido.
No hay vida en ellos. Tal como se me ha olvidado
Y se me olvidaría, yo mismo olvidaría
Tan devoto y concentrado en mi propósito. Y dijo Dios
Profeticen al viento, sólo al viento pues sólo
El viento escuchará. Y los huesos cantaron entre trinos
Con la carga del saltamontes a cuestas, diciendo...

Aquellas características que habían creado resistencia en un principio ahora me parecían los aspectos valiosos de la obra. La idea de que el poema se erguía como una geometría en medio de la ausencia era la causa de mi desasosiego inicial. Me sentía la encarnación misma de una gran intromisión, todo corporeidad y craso error en un mundo de gracia y translucidez, y esto me enervaba.